

CORAZÓN GRANDE

*Ernesto N. Montes de Oca**

Colocó sus manos morenas sobre la baranda que dividía la montaña del abismo. Frente a él, se extendía cientos de metros abajo la llanura guanacasteca llena de brócolis, ganado y caminos blancos. Algunos kilómetros más allá se levantaba imponente otra montaña, por debajo de la niebla que empezaba ya a cobijarla. A la izquierda se dejaba mirar cristalino el Golfo de Nicoya, con su isla Chira, tan misteriosa como siempre.

Suspiró, abriendo el pecho como las alas de los zopilotes que sobrevolaban a la distancia. El patrullaje hasta allí había sido de tres horas por senderos naturales; sudaba en todo su cuerpo y en su mente dos eran solamente las prioridades: respirar y observar.

– Huele a agua -pensó-, y el ejército de gotas no tardó en invadir la llanura. Detrás del manto lluvioso que marchaba desde la montaña del frente, truenos y aullidos de congos celebraban el aguacero en la pampa.

Desde el bosque, detrás de Pablo Sibar, salían decenas de aves, salían como disparadas de entre tantas hojas y tantos verdes. Agitaban sus enormes alas dirigiéndose a enfrentar el aguacero, a verificar si en verdad era lluvia u otro milagro de las montañas costarricenses. Volaban muchos metros hacia la tempestad del cielo besando la tierra y, planeando en curva, se devolvían cantando, cantando en el abismo.

Pablo veía maravillado cómo se clavaban en la montaña a su espalda, se introducían disparadas; adentro, otro mundo.

Cientos de metros abajo, puntitos cafés, blancos y negros se movían hacia los brócolis, parecía como si estos árboles atrajeran el ganado para que se resguardara bajo ellos. Así somos nosotros –meditaba Pablo– buscando silencio bajo un árbol, refugiados en un brócoli.

El aguacero rugía a la distancia, se aproximaba barriendo los árboles, y una neblina comenzó a ocultar suavemente el bello Golfo de Nicoya que todavía brillaba como una esmeralda bajo el sol. Sus manos no se movían de la baranda, una blancura fría rondaba sus pensamientos. El abismo no existía ya, todo era blanco como una nube.

El rugido de la naturaleza –pensaba Pablo– se extiende desde los relámpagos hasta las chicharras, nace del horizonte, del corazoncito de los yigüirros; es el rugido de las personas que ya han vivido, el canto de los que nos mantenemos, la súplica de los que no han nacido.

Cerró los ojos y se entregó al frío que lo rondaba, escuchaba y escuchaba, no quiso pensar más y buscó la luz en su mente para, junto a ella, esperar ser arrasado por el aguacero que cada segundo se escuchaba más cerca y, más cerca, el canto de las aves, más y más cerca; se sentía en cada poro el retumbar de las gotas que se

* Estudiante de Filología Española de la Universidad de Costa Rica.
Recepción: 26/11/08 - Aceptación: 28/11/08

estrellaban en el pasto, la canción de los congos. La poesía –pensaba Pablo– la poesía, la poesía, la poesía...

Sus manos aferradas a la baranda, mirando hacia las nubes con los ojos cerrados; y en un instante, el cielo bendijo estruendosamente la tierra, y a Pablo. Poco a poco su ropa comenzó a oscurecerse de agua, hasta quedar totalmente mojada y él, debajo de su sombrero, pensaba tantas cosas y la alegría y la esperanza...

Se soltó del tronco y decidió regresar. Mama Pacha –dijo– gracias por permitirme vivir esto, ahora solo te pido permiso para volver a entrar en tu vientre y llegar a mi destino. Y diciendo esto, se acomodó su sombrero y se introdujo en el bosque, como un ave, pero no tan rápido.

– Pablo, la tierra te besa los pasos al caminar por ella, ellos también recuerda que la armonía perdida del alma de las personas se puede encontrar en el bosque; sin embargo, a veces la naturaleza puede ser cruel, pero no es porque desee serlo, sino porque le es inevitable–.

Llegó rápidamente a los senderos, que se habían convertido en ríos achocolatados y fluían ladera abajo muy rápido, como un niño que con sus rodillas raspadas corre sin temor a caerse de nuevo. Sus botas se hundían en el barro de caramelo y salían al segundo siguiente sudando la tierra y la lluvia, todo en un zapato. Las ramas de los árboles se asomaban para que Pablo las tocara al pasar, algunas se tendían de cierta forma con el fin de ser quebradas: deseaban descansar y pudrirse en silencio.

No es lo mismo –dijo Pablo para sí–, no es lo mismo leerlo que sentirlo. Me pregunto –pensó– cuántos hemos llegado a escuchar el bosque y su canto, cuántas pobres almas se habrán retirado a su aposento sin comprender, sin asistir al más bello de los conciertos, donde todos los versos duermen en las alitas de la mariposa azul, donde cada sueño olvidado encuentra hogar en el volar de las luciérnagas. No es lo mismo –sentía Pablo desde el fondo de su corazón–. Avanzaba por la montaña húmeda, caminando sobre el agua como un dios que no se hunde, como un dios con un sombrero que gotea y no le molesta.

Las copas de los árboles se unían en las alturas y los caminos dejaban de serlo por una tarde, y son túneles verdes que perfuman el aire, y las gotas que se filtran se visten de tornasol.

Como una esponja soy –meditaba en silencio Pablo–, no entiendo cómo puede alguien maltratar esto, cortar las venas transparentes, cegarla con cemento, punzarla con basura. Tal vez algún día, Mama Pacha, llegue esta mirada profunda hasta tus raíces y sepas perdonarlos, porque no saben lo que hacen.

– ¡Allí, míralo!, por el sendero achocolatado, entre las ramas va caminando Pablo, anda sin temor que, aunque no llegues por tí mismo, él te llevará a tu hogar–. Su trémulo cuerpo dio unos pasos hacia una pequeña acumulación de tierra, ahí se posó y las fuerzas tosían y se desmayaban de hambre. –Ahí va Pablo, y no puedo llamarlo. Solo ver cómo pasa a la distancia como una sombra que arrastra a otra, y yo solo puedo mirarlo, con lo que me queda de luz en mis ojos.

A cinco metros Pablo se detuvo en seco, sensibilizó su piel aún más, muy lentamente miró a su izquierda y allá, entre el agua que corría, las hojas muertas y la lluvia, un cachorro blanco y tembloroso lo miraba a los ojos. En la montaña una mirada profunda se siente más que en la ciudad. Cuatro ojos que ante el aguacero buscan su brócoli. Pablo estiró su mano izquierda en dirección al perrito, sus dedos índice y medio atraparon el espacio entre ellos dos y se fue arrodillando lentamente, para después avanzar como una serpiente al encuentro. El perrito no se movía, sólo esperaba; cuando la mano estuvo a unos centímetros de su cuerpo, agarró por la correa al blanco cachorro y lo subió a su pecho. El calor del cuerpo combatía el frío, los brazos lo elevaron más arriba del agua que lo atrapaba; después el hombre emitió un sonido que el cachorro no entendió, pero supo que le quedaban más días y más noches por ladrar. Y así, ahora compartiendo soledades, reiniciaron el viaje, bajo un cielo que comenzaba a convulsionar de colores y lucecitas.

– Has dejado de temblar –, le dijo Pablo al perrito unos minutos después, y me gustaría pensar que la serenidad ha tocado tu peludo cuerpo. Además, no te debe afligir la soledad,

yo entiendo lo que es sentirse perdido y ese silencio,...sí, ese silencio nos atormenta a todos mi pequeño amigo, pero ¿sabes una cosa?, con el tiempo aprendes a quererlo. Hacia donde vamos hay un poco menos de ruido y más allá en la ciudad, ese ruido no te deja escuchar tus latidos ni tus pensamientos adecuadamente. – ¿Pero qué va a pensar un perro? –se preguntó sonriente-; bueno, la verdad no lo sé, pero he notado que cuando duermen ladran muy bajito, como si estuvieran soñando. Tal vez sueñan que corren sin cadenas o que muerden a alguien o se orinan a gusto donde nunca nadie se los permite. – ¿Quieres orinar amigo?–, le preguntó Pablo.

Se detuvo al lado de un gran árbol y lo puso en el suelo. El perrito lo miró desconcertado, se sentó y lo miró otra vez en esa forma, como, a veces, solo mira un perro. – ¿No quieres, verdad?, bueno, entonces continuemos. Pablo extendió los brazos y el perrito se levantó para entregarse a él, Pablo lo miró con una sonrisa y le dijo: Amigo, tienes el corazón grande.

Retornaron juntos al sendero y el perrito hacía un esfuerzo para mirar hacia arriba como buscando el rostro de su amigo. El semblante de Pablo siempre había sido muy interesante, mantenía sus rasgos de indígena, el blanco cabello largo hasta la espalda, unos ojos brillantes delimitados por párpados caídos, a veces mostraba una sonrisa extraña, llena de recuerdos y de una sabiduría que solo dan los años, la humildad y el perdón.

– Tienes el corazón grande–, dijo Pablo viendo hacia abajo, –como mi hija una vez lo tuvo. Sí, nació en San José, el 22 de abril, pero vino al mundo con un problema, su corazón era más grande de lo normal, y el médico me dijo que no serían muchos los meses que su corazón soportaría latir. Sí, mi amigo, como podrás ver, me sentí destrozado. Tan solo una niña y ya abrazada por la muerte. Aunque no se podía hacer mucho, era necesario revisar su corazón; para tal análisis se necesitaba de una máquina que revisara los corazones grandes, sí, la bendita máquina que revisa los corazones grandes. Al día siguiente me dirigí al otro hospital, en el que estaba la máquina; era un hospital muy grande, especializado en niños.

Estuve toda la mañana con el papelito en la mano, que especificaba la urgencia de mi hija y al final, la firma del médico, que me transmitía cierta seguridad. Sabes perrito, cuando eres de diferente color de piel, allá en San José, las personas te miran raro, como con un temor a que uno los ensucie y los maltrate, pero a mí no me importa ya; yo comprendo a veces por qué lo hacen, y la comprensión te encamina a la paz y la paz a la libertad. Y esto te lo digo porque en aquel hospital, sentado yo en una sala de espera durante cuatro horas, sentía en todo mi cuerpo sus prejuicios, tenía que soportar eso, en ese momento, por mi hija, que tenía el corazón grande y se me moría...

- Perrito, ¿alguna vez se te ha muerto un ser vivo en las manos? Supongo que no, porque no las tienes, pero sí en el hocico. Una vez, en una de mis caminatas me encontré un pajarito que se moría, la verdad no sé qué le pasó, parecía como que se había escapado de alguien, saliendo herido de su intento; lo levanté con las dos manos, del pico salían chorritos de sangre y se movía rápido..., de pronto giró su cuellito hacia atrás y no se movió más. Lo interesante es que se puso más liviano, como si la vida tuviera un peso mágico en nosotros. Y en ese momento, en la soledad de la montaña, entendí que la muerte no existe, que lo que existe es la vida que pesa y esta prosigue su destino y nuestro cuerpo queda con el cuellito torcido, buscando el abrazo de la Mama Pacha.

El aguacero en la montaña no daba tregua, salieron a un claro donde el pasto crecido se jorobaba bajo el agua. Ambos notaron el cambio de espacio, y la distancia. A paso continuo lo atravesaron, mirando hacia los lados. A lo lejos otro sendero les daba la bienvenida.

-Pues sí, perrito –habló Pablo–, cuatro horas estuve en esa sala de espera, cuando salió una mujer joven, muy fresca, como acabada de bañar, y buscándome entre la gente me llamó con la mano. Me quitó el sombrero y en el trayecto empecé a desdoblarse el papelito.

-Buenos días señorita-, le dije, dándole el papel. Y ella, sin mirarme a los ojos, revisando el papel me respondió:

-Sí mire, ya anotamos su nombre y todo, la cita le queda para el 5 de agosto...

-Pero, pero...

-No pierda este papel, que esto es su comprobante.

- Pero, señorita, mi hija tiene el corazón grande y necesita que la revisen con la máquina que revisa los corazones grandes –supliqué-.

-Sí, sí, pero es que además la máquina está mala, lo siento.

¡Mala, perrito, mala!, ¿entiendes?, ¿cómo es posible que una máquina tan importante esté mala? Cuántos corazones de niños, incluido el de mi hija, tendrían que esperar meses, por una revisión que tal vez les podría salvar la vida. La enfermera se dio vuelta, empujó una puerta y ahí terminó mi relación con el hospital. Sonreí, sí, sonreí, lo hacía mientras me ponía el sombrero y doblaba el papelito. Pero no como riéndome, sino como pensando cómo puede ser la gente tan inhumana. Me erguí de nuevo, orgulloso de ser indígena, aunque los demás pensarán lo que pensarán. Salí a la calle y, perrito, por dicha yo tengo muchos amigos allá en la capital. Caminé unas horas hasta la casa de una amiga mía que era doctora. Me introdujo en su casa, una gran casa muy bonita llena de cuadros y arte, yo nunca tuve tiempo para cultivarme en esas cosas. Ya sentados en la mesa, con fresco al frente, le conté mi historia, la de mi hija, la de la máquina que revisa los corazones grandes, y de como...bueno, de cómo me miraba la gente. Yo no quería contarle eso porque, ¡qué caso tiene!, pero ella lo supuso y yo terminé afirmándoselo. Se enojó mucho la doctora, no conmigo, sino con... no sé, se enojó. Tomó su bolso y su gabacha, me pidió que la acompañara y me dijo: Pablo, vamos ya por su hija, para hacerle los exámenes que necesite.

La montaña había caído en la noche y la lluvia continuaba. Miles de estrellas en el cielo, y entre los árboles las luciérnagas se engalanan de volar, de brillar. –Falta poco para llegar perrito –le dijo Pablo, haciendo una pausa en su historia – ¿Ves aquella luz en la cima? Hacia allá vamos.

–En fin, para terminarte la historia, llegamos al hospital ya con mi hija, después de

haberla recogido; esta vez no tuve que hacer filas y esperar. Seguía a la doctora que abría puertas y saludaba a todos. Subimos en un ascensor, caminamos por un pasillo muy blanco y, a la derecha, comenzó a abrir una puerta. Tras ella, la máquina que revisa los corazones grandes. Abracé a mi hija contra mi pecho; ella dormía, y respiraba..., como dice un maestro: “respirar es un lujo transitorio”. Entré en la habitación, la doctora acomodó unos papeles. Y buscando unos botones en la máquina, los apreté, y al segundo, comenzó a trabajar; ¡sí perrito!, la máquina estaba buena. Sonreí.

La doctora me pidió a mi hija y yo se la entregué en sus brazos. Y fue en ese momento que comencé a pensar que tal vez mi hija tenía el corazón grande porque yo quería que ella sintiera, desde que estaba en la pancita de su mamá, el grito del bosque, la lluvia y su olor, la emoción de conocer un venado, un quetzal, un árbol de pochote, un nido de oropéndola, su idioma y, bueno, muchas cosas que para mí representan la esencia de ser un habitante de las hojas y del aire. Tal vez eso fue mucho para ella y su corazoncito creció sobremanera. Tal vez tuve que haber pensado antes que un corazón grande te lleva a la muerte. Yo me mantengo vivo, aunque confieso sentir a veces un dolor en el pecho, al mirar la tala de árboles, un animal cazado, un río más delgado; eso me duele, pero me engrandece el corazón y no importa, porque yo ya estoy viejo; mi hija, en cambio, era pequeñita y mulata.

Ese día, y otros más, revisamos a mi hija. Ella vivió al lado de su madre y el mío por un año y medio. Murió con el corazón grande y después se convirtió en un rugido de la naturaleza. En rugido, mi pequeño amigo, del trueno a la pancita del yigüirro.

–Una cabaña espera en la cima y allá, por un sendero, se ve que viene Pablo Sibar y trae en sus brazos un cachorro. Es de noche y llueve, pero no importa, de verdad que no importa. Horas después, en el corredor de la cabaña, en una luz tenue de candelas, reposaba Pablo y...

–¿No te he puesto un nombre amigo? –dijo Pablo, mirándolo mientras dormía acurrucado

entre pedazos de cobija-. Sí, debería hacerlo, porque mañana al caminar de nuevo te llamaré, ¿pero cómo te llamo? Pablo se balanceaba en su mecedora mientras fumaba un poco y, buscando una luz entre el bosque, la Mama Pacha sugirió un nombre.

– Solito, -le dijo Pablo al perro y éste lo miró medio dormido- así te llamas: Solito.

–Pablo, la montaña es silenciosa, mas los pensamientos inevitablemente son poemas; serás recompensado por la alegría de tus ojos y por esas lágrimas, que ya se canta, son verdes –.

Tal vez la magia del cielo –dijo Pablo cerrando los ojos- no me dé de comer, tal vez no me paguen por ser feliz, tal vez muera sin que nadie me comente, tal vez nadie me recuerde en ninguna noche, tal vez mis noches tan maravillosas ante mí mueran conmigo en silencio, tal vez no tenga mi casa en la costa, tal vez no viaje por el mundo, tal vez nunca tenga mi San Bernardo, tal vez nunca me cure de la angustia, tal vez nunca encuentre la locura, tal vez este dolor en el pecho sea del corazón y no del alma, tal vez. Sí, Solito, tal vez.